



Telón del teatro de Porto-Ferrajo. (Napoleón, en figura de Apolo, apacentando sus rebaños.)

## CAPÍTULO V

DESPUÉS DE LA PARTIDA  
Y HASTA NUESTROS DÍAS

La vuelta estaba prevista desde Fontainebleau. — Cómo se informaba el Emperador en la isla de Elba. — «¡Comediante! ¡Comediante!» — El problema de la isla de Elba. — La dispersión de las personas. — Ofrecimiento á Napoleón III después de Sedán. — La dispersión de las cosas. — El museo Demidoff y su venta. — Intento de reconstitución de un museo por el actual propietario de San Martino. — Algunas reliquias. — El viejo ciego de Porto-Ferrajo.

Según más tarde confesó el Emperador (1), la vuelta de la isla de Elba estaba prevista desde Fontainebleau. Esta afirmación parece verdadera entre tantas otras puestas en entredicho y destinadas á sorprender á la posteridad.

Así como un luchador enérgico, no vencido todavía, no queda derribado al primer golpe; así como la primera invasión de la enfermedad no mata al hombre de robusta salud, tampoco el Emperador

(1) *Memorial de Santa Elena*, 17 de Abril de 1816.

podía declararse vencido para siempre después de su primera caída y considerar terminado su papel. Su vuelta fué el fenómeno del muelle que, luego de comprimido, se distiende; el fenómeno de la pelota, que arrojada al suelo, rebotará antes de caer otra vez.

No es posible negar que ya en Fontainebleau pensó en la vuelta. Apenas salió de Francia, después de su trágica huída por el Sur, se sobrepuso á su derrota. Apenas la *Undaunted* levó anclas, dejaba traslucir, sin quererlo, sus secretos sentimientos. A este propósito, escribía Campbell: «En vano repite que sólo aspira á terminar su vida en la isla de Elba, dedicado á las artes y á las ciencias, pues frecuentemente da muestras de su necesidad de estar activo y de su secreta esperanza de que hallará coyuntura de satisfacer su ambición. Está convencido de que la mayor parte de Francia le permanece fiel. Dice que los Borbones y los aristócratas sólo piensan en la alegría de haber recobrado sus tierras y castillos, pero si el pueblo está descontento, los echará antes de seis meses.» Al cabo de ocho días continuaba diciendo: «Los franceses no podrán mantenerse en sosiego. No les doy seis meses de vida después que los aliados hayan pasado la frontera (1).» Por entonces, todo esto les parecía á quienes lo escuchaban, baladronadas dignas de compasión.

Otra prueba de que pensó desde luego en volver, fué la elección que, al abdicar, hizo de la isla de Elba. Nadie le había impuesto aquella «despreciable bicoca», como llamaba á la isla en ratos de buen humor ó de sinceridad. Se le ofreció la Córcega. Él mismo lo ha dicho y no es inverosímil. Natural era que volviese el ogro á su antro, que el Minotauro regresara al país que lo engendró. Pero él no quiso. ¿Por qué? ¿Por qué en vez de elegir el angosto islote no aceptó gozosamente su vieja patria, que iba á contemplar desde el monte Giove, aquel vasto territorio de numerosas poblaciones, verdadero pedazo de continente en donde hubiera sido rey de un pueblo? Nada habría que temer allí de sus enemigos. Era inexpugnable. No cabía raptó alguno por sorpresa, y en caso de intentar apoderarse de él á mano armada, fácil le fuera adoptar la tradicional táctica de los antiguos caudillos corsos y resistir en los inaccesibles riscos y en las impenetrables selvas

(1) CAMPBELL, p. 44, 50 y 73.

á un ejército de cincuenta mil hombres. Bien sabía él que en Córcega pensaba refugiarse ahora si por acaso no conseguía llegar á Francia. A Córcega tratará de acogerse después de Waterloo (1).

¿Qué motivo tuvo, pues, para obrar de otra suerte? ¿El sonrojo de volver vencido á los lugares que le vieron nacer; de regresar, como término fatal, al punto de partida? Pero las aclamaciones de sus compatriotas, que le hubieran llevado en palmas, pronto cicatrizaran su herido orgullo, y el recuerdo de las horas de gloria le consolara ciertamente en aquel honroso refugio; y si los irreconciliables enemigos de su nombre y de su estirpe se hubiesen declarado en contra y negádose á reconocerle por soberano, podía seducirle la distracción de una guerra de menor cuantía.

¿Acaso, como dice Las Cases, eligió la isla de Elba en un momento de mal humor? De ningún modo. Aquel hombre que todo lo razonaba, incluso sus gestos, que jamás había dejado á la casualidad su acción más mínima, ¿se hubiera entregado á un capricho en el momento decisivo de su porvenir? No, por cierto. Escogió la isla de Elba precisamente porque la de Córcega le resultaba inútil, pues su soberanía efectiva representaba la perdurable estabilidad en que no quería pensar. Córcega era el reconocimiento de los hechos consumados, la devoración moral del porvenir, la separación del mundo en la espesura de los bosques, en el más lejano cerco de las olas. Por el contrario, Elba representaba una etapa pasajera en donde nada le distraía de su fin, un alto transitorio desde donde columbraba el continente á través de las ventanas, desde donde, como él mismo ha confesado sin rebozo, «podía vigilar á Francia y á los Borbones» y aprovechar el momento más propicio para la aleatoria vuelta (2).

Porque aquella vuelta tan deseada no dependía de él, sino de los acontecimientos. Se daba cuenta de ello y no se forjaba ilusiones sobre la situación. «Los Borbones,—dijo con más motivo que nadie,—han tenido á su disposición mi porvenir. Si hubiesen comprendido que era preciso comenzar una nueva dinastía y no proseguir la antigua, mi labor política estaba concluída y nada tenía ya que hacer. Yo hubiera

(1) PEYRUSSE, p. 230; CAMPBELL, p. 18; MENEVAL, t. II, p. 164; *Memorial de Santa Elena*, 18 de Noviembre de 1815 y 29 de Mayo de 1816.

(2) FLEURY DE CHABOULON, t. I, p. 110.

permanecido en la isla de Elba, pero sus desaciertos me han hecho deseable. Ellos han rehabilitado mi popularidad y determinado mi vuelta. Se me objetará que el Congreso de Viena intentaba desposeerme de la isla y que esta circunstancia apresuró mi vuelta; pero si Francia hubiera estado bien gobernada, nula hubiera sido mi influencia y nadie pensara en desposeerme. Lo que ocurría en París suscitó la idea de alejarme, precipitándolo todo (1).»

Por otra parte, Luis XVIII se veía arrastrado por los acontecimientos, lejos de dominarlos. Todo cuanto de bueno ó malo hacía, resultaba en su contra.

\* \* \*

¿Quién informaba al Emperador en la isla de Elba? Todo y todos. No parece sino que los historiadores se figuran todavía, como á la sazón se creía en Francia, que estaba perdido en medio del mar.

Por de pronto, le informaban los visitantes que solían frecuentar la isla en perpetuo ir y venir, pues según hemos visto, el *Inconstant* desembarcaba en un solo viaje hasta cien pasajeros. Ilusorios eran los obstáculos con que la policía austriaca trataba de impedir este movimiento, aunque en los puertos principales como Génova y Liorna ejercía una vigilancia brutalmente tiránica, pues por una persona que detuviese, se le escapaban veinte. En todos los puertos secundarios de la costa los marineros de cabotaje se encargaban de transportar á quien quisiera á la isla de Elba, y pasando por Nápoles no se tropezaba con ninguna dificultad, sobre todo si el interesado hablaba italiano, y si podía simularse súbdito italiano. Por Nápoles fué la condesa Walewska. En cuanto al mar, estaba libre. Una vez embarcado, nada había que temer. Se entraba y se salía de Porto-Ferraio sin el más mínimo inconveniente (2).

(1) *Memorial de Santa Elena*, 17 de Abril de 1816.

(2) PONS DE L'H., p. 351; *Memoria á las Potencias aliadas*, p. 31; PEYRUSSE, p. 263: «La facilidad de nuestras comunicaciones inspiraba temores al Congreso de Viena.» MARCHAND, p. 129 y 137: «He sabido que un tal Luis, natural de Luca, se encarga mediante una módica retribución de proporcionar á los extranjeros pasaje para la isla, á donde llegan sin dificultad.» CAMPBELL, p. 208: «Porto-Ferraio está continuamente

Entre estos visitantes no había tan sólo curiosos. El hermano de Bertrand, procedente de Francia, de paso para Roma, se detuvo en la isla de Elba «con copiosa provisión de informes.» Cuantos oficiales llegaban, referían el estado de ánimo del ejército. Los patriotas italianos, algunos de los cuales eran de elevada posición social, ofrecían sus servicios al Emperador, quien rehusaba la oferta sin desdeñarla. Los ingleses aristócratas, por añadidura, sostenían largas conversaciones con él. Pons fué sin obstáculo alguno á Toscana y Florencia, comisionado ante el gran duque Fernando y el ministro italiano Fossonbroni. Los viajantes de comercio, que embarcaban en Génova ó Marsella, reflejaban la opinión de la clase media. En todos los ventorrillos de Porto-Ferraio se hablaba de los últimos acontecimientos de París (1).

Además de los visitantes, eran también las cartas fuente de información. Las artimañas de la policía austriaca eran tan molestas y tan inútiles para la correspondencia entre la isla y el continente como para las personas. En teoría, toda la correspondencia pasaba por el gabinete negro de Liorna, que la interceptaba si le parecía. Quejose el Emperador, y como siguiese recibiendo cartas con el sobre abierto ó no las recibiese, ni tampoco sus cartas llegaran á destino, organizó en Piombino correos especiales, á los que bisemanalmente entregaba las sacas de correspondencia el buque de la isla. Se instalaron otras estaciones postales en Civitavecchia, Génova y Nápoles, servidas por el *Inconstant*. Las cartas dirigidas á la isla de Elba llegaban por el mismo conducto y los mismos agentes, ó por los barcos que hacían escala en Porto-Ferraio con carga y pasajeros. No faltaban ocasiones. Nunca, dice Peyrusse, interrumpimos la comunicación con Francia y nuestras familias. Cuando María Luisa dejó de escribir al Emperador, continuó Meneval dándole noticias de su mujer é hijo. «A pesar,—dice

lleno de buques procedentes de todos los puertos de Italia.» *Correspondencia imperial*, 21.666 (4 de Enero de 1815): «Señor conde Bertrand: Servios darme nota de los buques hoy día anclados en el puerto de Porto-Ferraio con su nombre, arqueo, nacionalidad, etc. Creo que nunca hubo tantos.» *La isla de Elba y los Cien Dias*, p. 21: «Los buques procedentes del litoral genovés se complacían en transportar á la isla de Elba á todo el que lo deseaba, aunque no tuviera documentos ni permiso de las autoridades locales.» FLEURY DE CHABOULON, p. 85 y 102 (nota).

(1) PONS DE L'H., p. 177 y siguientes, 216 y 351; CAMPBELL, p. 215; *Correspondencia imperial*, 21.607; MARCHAND, p. 123, 151, 155 y 159; LABORDE, p. 75.

Meneval,—de lo celosamente que se me vigilaba, le escribía por todos los conductos posibles. Encontré facilidades entre los comerciantes de Viena, algunos de los cuales, cuyo corazón no había endurecido la política, se prestaron benévolamente á transmitir mis cartas al general Bertrand por las vías de Liorna y Florencia.» En Italia y en Francia se disimulaba también, bajo ficciones mercantiles, la correspondencia con la isla de Elba. La policía austriaca violaba de cuando en cuando algunas cartas, que servían de pasto á su curiosidad; pero Stahremberg se desconsolaba al ver que, como si adrede lo hicieran, en ninguna se encontraba nada de particular (1).

Sin embargo, «las había tan interesantes que el Emperador, después de leerlas, se ponía tan contento que se paseaba por el salón restregándose las manos y riendo á solas». De cinco mil cartas recibidas de oficiales y soldados de distintas naciones en solicitud de empleo, quinientas procedían de Francia, y las nueve, entre diez, estaban escritas por soldados vueltos á su hogar, bien con licencia, bien procedentes de las prisiones de Inglaterra, Alemania ó Rusia. Antes de llegar á su casa habían atravesado varias provincias y convencidose «del espíritu de soldados y paisanos». Ordenó el Emperador al comandante Mallet, que «diese providencia á fin de que los granaderos que marchasen con licencia á Francia escribiesen á sus compañeros cuantas noticias supieran». Los veteranos residentes en Elba recibían también cartas de sus familias. La madre de uno de ellos le mandó, desde Verdún, la siguiente: «Te quiero todavía más desde que sé que estás con nuestro Emperador. Así se portan los hombres honrados. Creo que de todas las partes del mundo irán á verle, porque aquí han venido de los cuatro vientos de la ciudad para leer tu carta y todos

(1) *Correspondencia imperial*, 21.595, 21.602 y 21.629; HYDE DE NEUVILLE, t. II, p. 29; MARCHAND, p. 136 y 139; *Registro de la isla de Elba*, núms. 38 y 56; PEYRUSSE, p. 255 y 263; PONS DE L'H., p. 352 y 353; MENEVAL, t. II, p. 315; LARABIT, p. 64; CAMPBELL, p. 115 y 145.—Las relaciones comerciales entre la isla de Elba y el continente eran numerosas y absolutamente libres. El Emperador había comprado árboles frutales en Génova y Toscana. En Génova compró vestuario militar por valor de 30.000 frs. Estaba en continuas negociaciones con su tío el cardenal Fesch y con Roma, especialmente para las compras de avena y las provisiones de trigo. Cada cual mandaba traer de París cuanto necesitaba. Paulina encargaba allí ó á Nápoles sus trajes, y cuando el caballero Vincent construyó por mandato del Emperador una brida de seda azul para el caballo de María Luisa, compró en Lyon los materiales necesarios. *Correspondencia imperial*, 21.587, 21.588, 21.602 y 21.671; *Registro de la isla de Elba*, núms. 21, 68 y 78; PEYRUSSE, p. 263; PONS DE L'H., p. 261; VINCENT, p. 366 y 368; *La isla de Elba y los Cien Dias*, p. 97.